gros que desde los brazos de un galan arrogante lo miraba sonriendo de una manera picaresca.

VIII.

En la calle, por el lado de la huerta, hablaban dos hombres.

—Aquí! decia uno de ellos, cuyo acento revelaba á Guzman.

—Por vida mia! replicaba Cristóbal, temeis fatigaros si pasamos adelante? ó quereis que salgan de la casa á interrumpirnos?

—Basta! gritó el primero trémulo de coraje, defendeos!

Cristóbal sintió en el hombro un dolor agudo, casi al mismo tiempo que la espada de Guzman silvó como una víbora.

—Qué es esto. . . ? grito tirando de su espada; ah! me olvidaba, continuó cruzándola con la otra, es vuestra costumbre. . . hace un año que no tirábais de este modo. . . . veremos si me defiendo un poco mas que Valdivieso. . . y que su esposa. . .

Guzman sintió al escuchar estas palabras, que el acero iba á caer de sus manos.

Pero pronto pudo reponerse y acometió con redoblada furia.

Su espada era temible.

Un gran número de anécdotas que corrian en boca de las gentes, atestiguaban que Guzman merecia los honores de la leyenda.

Cristóbal retrocedió tres pasos.

—No lo haceis tan mal, dijo Guzman sin dejar de estrecharlo.

—Oh! ni vos. Sin embargo, lo haceis mejor con el puñal. . . .

—Una! gritó Guzman.

—No importa.

—Dos! volvió á gritar, confundiendo su voz con un quejido que no pudo contener Cristóbal.

—Dos! señor mio.

—Tres! esclamó el jóven.

Tronó un chasquido, se inflamaron algunas chispas, y la espada se escapó del puño de Guzman girando con la velocidad de un rehilete.

—Rodrigo! esclamó Guzman, tendiendo en las tinieblas su mano adormecida por el dolor, Rodrigo!

Un bulto se levantó tras de Cristóbal, y este último, arrojando una maldicion, rodó por la tierra.

Casi al mismo tiempo aparecieron dos hombres.

Uno de ellos, Urrutia, se lanzó al lugar de la catástrofe.

Los asesinos habian huido.

Solo encontró una espada, y mas allá, atraido por los choques que otro acero daba en la banqueta de una puerta, el cuerpo de Cristóbal, cuyo brazo se agitaba con las convulsiones de la agonía.

El caballero que acompañaba á Urrutia se inclinó sobre la sangre.

—Quién sois? dijo, estais herido?

—Caballero. . . . añadió Urrutia, creyendo hablar con Guzman.

El herido hizo un violento esfuerzo y articuló confusamente algunas palabras.

—Cristóbal! esclamó Urrutia fuera de sí; Cristóbal. . . ! qué! . . eres tú? habla! . . . qué tienes. . . . ? ah. . . ! imposible. . ! luego, volviéndose hácia el fondo de la calle, con los puños cerrados, gritó como si Guzman hubiera podido oirlo:

—Miserable! algun dia haré que esta sangre caiga sobre tu cabeza!

Guzman y el asesino, ocultos con el temblor del crímen, tras un estribo de la tapia, á unos cuantos pasos, pudieron escuchar la airada voz que los amenazaba.

Cristóbal fué trasportado por el pronto á la habitacion del jardinero.

Un gran número de caballeros y de damas, vestidos en traje de baile, formaron bien pronto en torno de él un círculo de rostros pálidos, ligado por un cordon inmenso de convidados y sir-

vientes, á otro círculo semejante que rodeaba el lecho de Berenguela.

IX.

La publicidad de aquel suceso afectó vivamente á don Antonio de la Mota. Hizo una severa reconvencion á su hija, y la mandó que dispusiera todo lo necesario para entrar al convento. En vano se deshizo en lágrimas la tia de Berenguela, y esta de hinojos pidió tregua en vano, á la sentencia inexorable del autor de sus dias. Una semana fué el término señalado para los preparativos.

Berenguela se puso mala.

Una noche, la tia que entraba con el vaso de la tizana, se sorprendió de hallarla en pié, vestida y ya con el velo en la cabeza.

—Pero, qué es esto, niña?

—Tia! dijo la jóven, solo confio despues de Dios en vuestra caridad.

—Qué es lo que dices?

—Mirad este papel....

—A ver....

La tia caló unas toscas antiparras que le dejaron la nariz como una oblea y la boca abierta, tomó el papel con una mano, con otra le acercó la vela como si fuera á prender un cohete, y comenzó á leer con voz gangosa:

"Señorita: me armaron.... un jarabe....

—Mi hermano está muy grave, corrigió Berenguela.

—Ah! esto es... "Dice que morirá en la desesperacion si Dios no le ha comido..."

—A ver, tia, yo lo leeré.

—Quita allá, niña.... qué sabes tú de esas cosas!

Cualquiera, á no ser esa jóven que estaba mortal, hubiera sonreido con los disparates de doña Fuensanta.

Esta acercó mas la vela y continuó:

"Comido ...la mano antes... antes que el viejo ..." Cómo! esa tenemos?

—A ver, tia, volvió á decir la jóven tomando el papel y leyendo con lábios trémulos:

"Señorita: mi hermano está muy grave y no puede escribiros "sino valiéndose de mí. Dice que morirá en la desesperacion si "Dios no le concede estrecharos la mano antes del viaje que le es- "pera. Podriais venir, señorita? un moribundo, una hermana infe- "liz que le ve morir....dos pobres que os aman os lo suplican "por la memoria de vuestra madre."

MARIA.

—Ah! el jóven ese? .. esclamó la tia. Y qué quieres que yo haga?

—Acompañarme.

—Cómo!.....á estas horas!

—O prometerme que no lo sabrá mi padre....

—Y qué....si te busca....

—Le direis.... nada.... le direis cualquier cosa, nada importa....

Berenguela se dirigió á la puerta.

—Pero niña! por Dios, esclamó Fuensanta, qué locura se te ha metido en la cabeza? aguarda!

La jóven se precipitó en la estancia inmediata sin escuchar estas palabras.

—Tente niña!... qué muchacha!... espera!... iré contigo! gritó la tia con mas fuerza; y despues arrebatando un manto que pendia de una calumna de la cama, y arrastrándolo por una punta, siguió á grandes trancos el camino de Berenguela.

X.

Cristóbal con dos heridas en el muslo, y una, la mas grave, en la parte superior de la cabeza, no sentia que se mitigaban sus dolores sino para entrar en la peligrosa escitacion de estraños delirios.

Una niña velaba junto á su lecho.

María, hermana del enfermo, hermosa y afligida, sostenia aquella cabeza envuelta en sangrientos bendajes, la acercaba á su seno y ponia en aquellos lábios delirantes la cuchara que temblaba en sus manos.

Un indio casi desnudo que servia de criado, alumbraba lleno de silenciosa conmiseracion aquel cuadro de cariño y de amargura.

Pareció que Cristóbal se serenaba. Fué reclinado suavemente en las almohadas, y bien cubierto, escepto el brazo, que ansioso de frescura, se empeñó en permanecer fuera de los cobertores.

—Vaya. . . . así lo dejaremos, dijo María en voz muy baja, quiera Dios Nuestro Señor, que pase la noche con sosiego.

—Trajiste la bebida? añadió dirigiéndose al azteca.

—Sí. . .

—Bueno. Puedes acostarte, yo te llamaré si se ofrece.

El sirviente, despues de haber colocado la luz sobre la mesa, cubriéndola de modo que no diera sobre el rostro de Cristóbal, se retiró sin que sus pasos produjeran el menor ruido.

María tomó un libro y se sentó á leer.

Así permaneció mas de una hora.

De cuando en cuando el enfermo lanzaba un suspiro, movia el brazo, y pronunciaba palabras confusas. Entonces la jóven sin apartar la vista del libro, suspendia la lectura y recogia, conteniendo las palpitaciones de su corazon, aquel rumor, acaso el diá-

logo que traba el moribundo, en el silencio de la noche, con alguien invisible que viene á sentarse junto al lecho para hablarle de la eternidad.

Sonó un aldabazo en la puerta de la calle.

Marìa levantó la cabeza.

—Quién será? dijo.

Ayóse otro aldabazo.

La jóven se dirigió entonces á la pieza inmediata, abrió una ventana y miró.

Un embozado que apenas podia distinguirse á la vaga luz de las estrellas, era el que llamaba con tal empeño.

—Quién sois? le gritó María?

El hombre vino al pié de la ventana, y acercándose hasta tocar la pared con el pecho, respondió tan bajo como le fué posible para no ser oido sino de la jòven.

—Yo, María! necesito hablarte.

—Cómo! sois vos?

—Abre, por Cristo! yo te esplicaré todo. . .

—Voy. . . sí. . .

María cerrò la ventana, pasò recatadamente por la pieza de Cristóbal, descendió la escalera, atravezó un patio y abrió inmediatamente.

—Qué tienes? por Dios! díjole al hombre que cerraba tras de sí el porton, te ha sucedido algo? . . . habla.

—Sí. . . . me persiguen. . . quiero que me ocultes donde puedas, donde no pueda hallarme nadie. . .

—Pero qué? . . . por qué? . . . que has hecho? . . .

—Vamos arriba.

Marìa seguida por el desconocido comenzó á andar, lleno el pecho con la dolorosa inquietud que la hacia olvidar por un momento la imágen y los dolores de su hermano.

—Descansa, le dijo cuando llegaron á una pieza, vienes muy agitado. . . aquí no hay peligro, qué tienes?

—Nada: enemigos, desgracia. . . maldicion! esclamó el otro descubriéndose.

Era Guzman.

—Esplícate, por Dios! dijo María tomándole una mano que quedó entre las suyas fria y como inanimada.

Iba á replicar Guzman, cuando en la puerta de la calle sonaron varios golpes.

—Llaman? dijo estremeciéndose.

—Sí . . . .

—No abras . . . .

—Veré por la ventana.

María corrió á asomarse, y en el mismo sitio donde poco antes viera al caballero, notó que habia dos damas.

—Quién es? dijo Guzman cuando la vió volver.

—Silencio! . . . . respondióle María: ocúltate en esa pieza.

—Pero . . . . quién es?

—Ocúltate . . . . no es cosa de cuidado . . . . es una señorita que viene á ver á mi pobre hermano.

—Tu hermano? . . . .

—Silencio! . . . .

La jóven tomó la luz y bajó rápidamente por la escalera.

Guzman quedó á oscuras y siempre bajo la influencia del terror, ó de ese atarantamiento que habia mostrado en sus palabras y sus ademanes. Tanteando las paredes, halló una puerta que cedió á un leve impulso de sus dedos, y se encontró en una pieza débilmente alumbrada por una lámpara oculta tras de dos libros que servian de pantalla.

Se respiraba allí ese aire denso, caliente, inmóvil de un dormitorio, y ese olor estraño, que mezcla el aroma del alcánfor, del éter, ó de un bálsamo, con las fétidas emanaciones que despide el lecho de un febricitante.

Dejarónse oir en la pieza contigua las voces de María y de las damas que acababan de entrar.

—Y no ha despertado? dijo una voz donde Guzman creyó reconocer el acento de Berenguela.

—Venid, señorita, replicó María, podemos despertarlo . . . .

—No! no lo movais . . . .

—Si os viera! . . . . oh! vereis como vuestra presencia lo reanima.

—Mirad si no duerme . . . .

María se dirigió á la puerta, seguida de las dos señoras.

Guzman no tuvo sino el tiempo escesivamente corto para ocultarse tras de la mampara.

Cuando esta se abrió quedó cubierto.

Cristóbal, que dormitaba, abrió los ojos, y vió que tres sombras se acercaban á su cabecera.

—Cristóbal . . . ! dijo María, inclinándose sobre él, duermes?

—No, replicó el enfermo débilmente, procurando sentarse.

—Se han calmado un poco?

—Sí.

—Conoces á la señorita?

—Cuál? . . .

María tomó la luz y alumbró el rostro de Berenguela.

Cristóbal arrugó los párpados como herido por el resplandor, levantó un poco el lienzo que le cubria la frente, y procuró examinar la fisonomía de la jóven.

—La conoces? volvió á decir María.

—Cristóbal? . . . . dijo Berenguela, poniendo su mano sobre la del herido.

Este exhaló un suspiro: despues se arrebujó en las sábanas, como si quisiera continuar el sueño, y permaneció quieto algunos instantes.

—Malo, malo, malo, dijo moviendo la cabeza, una de las damas en cuya voz reconoceriamos á la tia doña Fuensanta.

Entretanto, su infeliz sobrina miraba á María con los ojos llenos de lágrimas, y María la miraba á ella poniendo en los suyos,

secos por largas noches de llanto, la espresion de una gratitud infinita y de un sufrimiento sin esperanza.

—María! gritó Cristóbal, sentándose repentinamente: mi espada! .... pronto! .... ya vuelve ese traidor, y estoy desarmado .... atrás! ... ay del que me hiera por la espalda! ....

—Señorita! por Dios! .... esclamó María, luchando contra el jóven que pretendia ponerse en pié: Cristóbal, sosiégate .. no viene nadie.

—Aparta! .... aparta!

—No hay vinagre? preguntó doña Fuensanta con exaltacion.

—No, dijo María, sin cesar de contener á Cristóbal. . . .mirad, ahí está la bebida.....junto al tintero ...

Berenguela se precipitó á la mesa, tomó la botella que estaba en el lugar designado, y á una nueva observacion de la jóven, vertió en la cuchara hasta llenarla, un líquido claro y ligeramente aromático.

—Haber, dijo, yo se la daré. . . dadle á mi tia la lámpara. . .

Despues se acercó al enfermo. En aquel instante resonó por tercera vez la puerta de la calle.

Las tres damas se enderezaron á un tiempo y se miraron de un modo tan raro, que solo puede comprender el que hallándose en el alegre hogar, departiendo con su familia, ve el primer efecto de esta palabra: tiembla!

—Dios mio! dijo Fuensanta, acaso nos buscan á nosotras.

—Qué hacemos, añadió Berenguela.

—Qué hacemos! repitió María.

—Qué hago yo? por Cristo! murmuró Guzman desde su escondite.

Volvieron á llamar con mas fuerza.

—Oh! yo veré, dijo la hermana del herido, esperadme. . . . y se dirigió á la ventana que ya conocemos.

Habia en el zaguan un grupo de hombres embozados. Uno de ellos, que era el que llamaba, oyó gemir los goznes al abrirse el postigo, entonces levantó la cara, y dijo con imperiosa voz:

—Abrid

—Quién sois, señor?

—Abrid sin dilacion, señora.

—Yo? . . . .

—Abrid á la justicia, ó sois presa.

—Ah! . . . voy allá, señores. . .

La jóven se apartó de la ventana, y llegó aterida de pavor á donde Berenguela y Fuensanta, inmóviles, blancas, azoradas, y casi próximas á desmayarse, preguntaban maquinalmente:

—Quién?.....quién es?.....

Y les dijo:

—No... ..no es á vosotras.....estad quietas, buscan seguramente á un hombre . . .

—Pero qué ..... qué hombre es ese?

—Oh! no sé lo que será de mí!.....

—Los habeis conocido?

—No . . . . tocan! . . . . esperadme.

Nuevos golpes dados seguramente con el puño de una espada, retumbaban en la habitacion.

María se precipitó por la puerta, que impulsada por la corriente de aire, estuvo á pique de cerrarse y descubrir á Tello de Guzman, el cual temblaba, pudiendo apénas dominar el terror que le infundian aquellos aldabazos.

La jóven entró inmediatamente á la pieza donde suponia oculto á Guzman, y buscándolo con el objeto de prevenirlo, pronunció su nombre varias veces, y anduvo muchos pasos tentando las sombras.

No halló á nadie.

Parecióle que la presencia de su amante habia sido un sueño.

—Pero no es posible. . . . decia, hemos hablado. . . . ah! . . . ahí está su sombrero! . . . . añadió tocando por casualidad el que Guzman dejara encima de la mesa: ah! . . . . sí, se ha salido indudablemente por el patio . . . . Señor mio Jesucristo, líbrale de sus

enemigos; allánale un camino, por los dolores de ....voy! señores.... voy!...

María le dió un grito á su criado, y bajó encomendándose á la vírgen.

X.

El delirio volvió á apoderarse de Cristóbal, como si aquella cucharada hubiera elevado fuego á su cerebro.

Volvióse á sentar con la febril agitacion, que devolvia por un momento, vida á sus ojos, fuerza á sus músculos, y á su voz un eco resonante.

—Dejadme! decia, dejadme con cien legiones de demonios. Quereis qne no corte esa lengua? quereis que me deje atacar por la espalda? .... vive Dios! dejadme! ....

Fuensanta lo tomó por la cintura, y Berenguela procuraba aquietarlo con sus ruegos y sus caricias, teniéndolo casi reclinado en su brazo.

—Lo ves, niña? esclamó la tia, lo ves? .... yo tengo la culpa: Dios me castiga indudablemente como la cómplice de tu desobediencia.... qué hacemos aquí espuestas á la cólera de tu padre, á las suposiciones de las gentes estrañas, al peligro inútil de contagiarnos, abrazadas con este hombre?

—Apartaos tia, yo lo tendré sola, replicó Berenguela, dejando ver tras de su afliccion un poco de sarcasmo .... á mí no me intimida el contagio .... harto he vivido para temer la muerte ....

—Niña .... niña! ... tú te propasas ....

—Bueno, dejadme, no espongais vuestra salud por una persona que os es indiferente. Para mí es una obligacion .... es mi esposo .... y aquí he de estar mientras no haya quien me arranque á fuerza de sus brazos.

—Esta niña está loca, señor.

—Vive Cristóbal! esclamó Cristóbal, cuyos ojos chispearon: acercaos mas, señor Guzman .... salgamos .... no es este el sitio donde debeis hacer ostentacion de vuestra fuerza .... María!.... Berenguela .... teneos! atrás, infame!.... atrás! ah!.... maldito!

Al pronunciar esta última palabra, llevó las manos al bendaje, y lo arrancó violentamente. Un chorro de sangre se escapó de de la herida, inundando sus espaldas, y los brazos de doña Fuensanta, y enrojeciendo el justillo de la jóven, que sintió correr por su seno la onda hirviente de aquel líquido.

—Jesus! gritó la tia, se muere!.... un trapo! .... agua! y se paró corriendo á revolver sobre la mesa todas las botellas. Oh! no hay aquí nada: continuó con desesperacion, y dirigiéndose á la puerta, ni una gota de nada .... qué gentes! .... ténlo, apriétale con las sábanas .... voy á buscar agua ....

—Me muero! .... esclamó Cristóbal, dejando caer los brazos y escondiendo sus pupilas sin brillo, tras el velo lánguido de sus párpados.

XII

—Alto ahí! gritó á doña Fuensanta un hombre que la salió al encuentro en el pasillo de la escalera.

La señora dió un salto, y exhaló un grito parecido al que dan las personas nerviosas al contacto del agua fria; quiso articular algunas palabras, pero aquel hombre la afianzó de un brazo, la hizo dar media vuelta, y con voz áspera y aguardientosa, le dijo:

—Guiad.

—Pero señor, dijo Fuensanta pudiendo apénas destrabar las mandíbulas, vengo á buscar agua para. . . .

—Silencio! guiad á la justicia del rey.

—Si yo. . . .

—Adelante!

Nada valieron las protestas; aquel esbirro, sordo al clamor de la razon é insensible al llanto de la inocencia, empujó á la anciana delante de sus pasos.

Cuando llegaron á la primera puerta desenvainó la espada, y sacando una linterna que traia tapada con el ferreruelo, dijo á Fuensanta:

—Vais á decirme dónde teneis oculto al asesino?

—Yo. . . . caballero?

—Sí.

—Pero si. . . . señor mio. . . . si yo no soy de aquí. . . yo he venido nomás. . . .

—Decid la verdad, ó esta noche dormis en un calabozo.

—La verdad, señor, os lo juro por Dios, es que no sé nada, y que seguramente me tomais por otra persona.

—Os empeñais en callar? replicó el hombre con ese tono inflexible aprendido en el tribunal de la fé, delante de una víctima en el tormento.

—Soy la hermana. . . .

—Adelante, no me importa que lo seais de Holofernes.

—Oh! si no me dejais hablar. . . .

—Hola! hola!. . . . qué es esto?. . . . á ver los brazos?. . . ah! esto es sangre!. . . .

—Por Dios, señor! mirad. . . venid. . . .

—Silencio, vieja infame, ú os divido el cráneo.—Hola! añadió asomándose al patio, cuatro hombres arriba!

—Señor! esclamó Fuensanta ya mortal, no más está herido. . . os esplicaré. . .

—Callad os digo! repitió el hombre blandiando una ancha espada, ya se os pedirán esplicaciones.

Dejóse oir por la escalera el sordo retumbar de muchas pisadas, y poco despues aparecieron cuatro alguaciles con los aceros en la mano.

—Sujetad á esa vieja, les dijo.

Inmediatamente corrieron á ejecutar la órden.

—Señores! gritó Fuensanta, por compasion.

—Ponedle una mordaza.

—Si soy la prima de don. . . señores! por Dios. . .

No pudo concluir; dos dedos como tenaza la afianzaron por la nariz, y un pedazo de hierro se le atravesó en la boca, apartando los pobres dientes que le quedaban, y prolongando la comisura de sus lábios hasta los oidos como en la risa de una máscara.

—Estamos arreglados, dijo el caudillo de los policías. Aguirre, cuida tú á esa bruja; Barrientos, tú en esta puerta, añadió dirigiéndose sucesivamente á las personas designadas; vosotros dos venid conmigo.

Fuensanta quiso decir algo, pero sus lábios enroscándose en la mordaza con inùtil esfuerzo, no pudieron juntarse para pronunciar una palabra de salvacion; apénas salieron por su garganta algunos sonidos ásperos que espresaban la horrible angustia de su situacion.

Uno de los centinelas dijo al otro:

—Barrientos, qué dice la bruja?

—No entiendo.

—Cómo, no entiendes el frances?

Y los dos se rieron de su chiste. En aquel tiempo, y todavía en la época de los últimos vireyes, el vulgo, creyendo que no habia mas idioma que el nuestro, se reia del idioma estraño, considerándolo como una gerigonsa, hablada solo por los locos ó los borrachos.

El jefe de la ronda penetró en la segunda pieza con los otros dos alguaciles.

A mano derecha, sobre la ropa desordenada de una cama, y colgando la cabeza hasta barrer el suelo con la cabellera, estaba

Cristóbal; la camisa que pareció negra al principio, se vió á la luz de las linternas tinta completamente en sangre.

En el suelo estaba una jóven, Berenguela, sin sentido y con el pecho, toda la parte anterior de los vestidos, y las manos tambien, teñidas en sangre.

—Dos cadáveres!. . . esclamó el jefe.

—Dos muertos!. . . repitió el otro asombrado.

—Oh! continuó el primero, despues de examinar atentamente las facciones de Berenguela, y qué jóven debió ser esta tan graciosa.—Alumbrad.

El alguacil aproximó la luz y dijo:

—Demonio! y se la dieron en medio del alma. . qué lástima!. . si no es una profanacion, mirad que pié tan delicado. . . qué pierna. . . .

—Ea, cubridla con el vestido, y vamos á otra cosa; guiad por esa puerta.

Volvieron á la izquierda, y registraron la tercera pieza, que á poco abandonaron, no sin mover todos los muebles, y despues de picar con las espadas toda la ropa de un perchero.

La pieza en que hallamos á Cristóbal no tenia mas que una mesa, dos sillas y el lecho, que ocupaban uno solo de los ángulos. Esto salvó á Guzman.

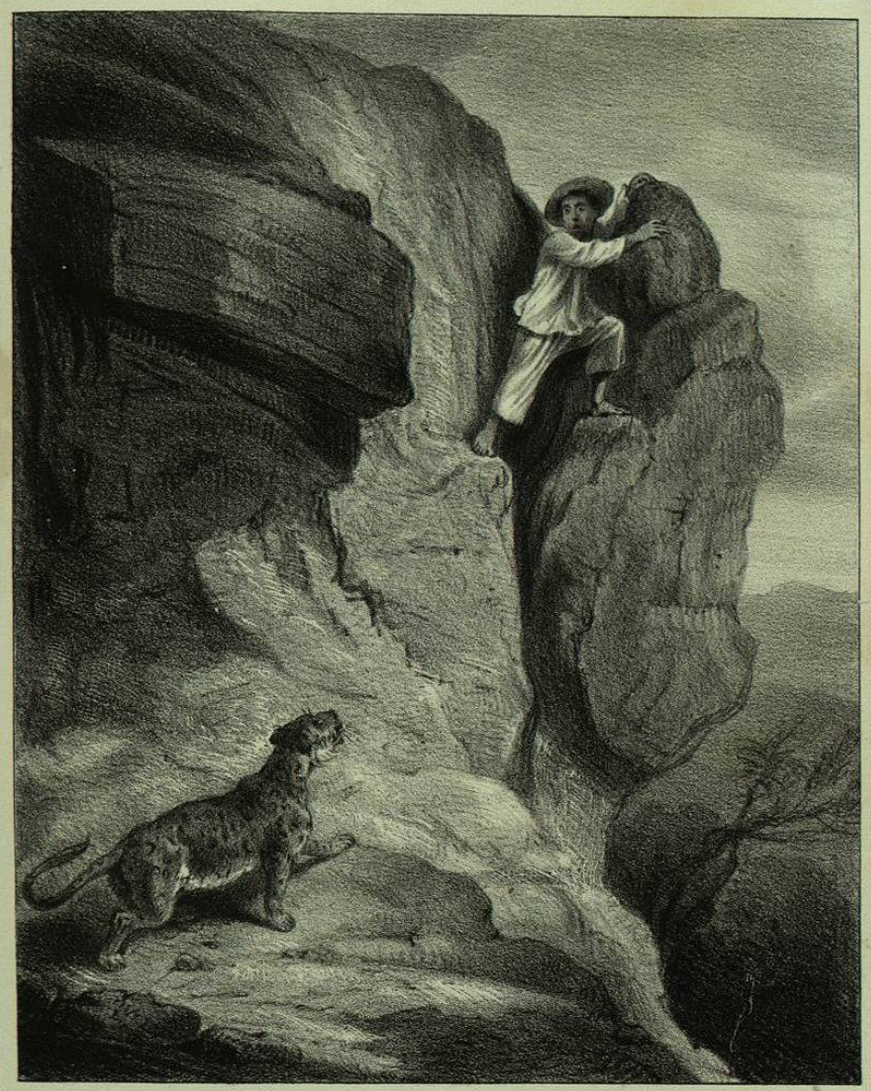
Aquellos hombres que vieron á la primer ojeada lo desierto del aposento, ó acaso satisfechos con haber encontrado allí algo, volvieron á pasar, y salieron sin registrar aquella puerta, como lo hubiera hecho cualquiera de su oficio.

La cuarta pieza fué tambien sometida á un cateo escrupuloso, despues el corredor, la escalera y el patio.

Cuando Guzman tuvo la seguridad de que se habian alejado, se aventuró á dar un paso fuera de su escondite, y se introdujo en la habitacion inmediata, la última, donde debia estar la ventana que era el camino de su salvacion. Iba á observar la calle, cuando escuchó de nuevo los pasos, y se ocultó tras el perchero.

El jefe de la ronda volvió á entrar, cerró la ventana y se alejó

LOS INSURGENTES



Lit. de Iriarte.

El Insurgente.

haciendo lo mismo con todas las puertas. Llegando á la que dába sobre el corredor, cerró con llave, y descendió por la escalera arrebujándose en su capa. Poco despues seguia por la calle, tras de una procesion formada por dos literas y nueve hombres.

XIII.

Serian las diez de la mañana.

Don Antonio de la Mota, sentado en un sitial junto á una mesa de su alcoba, con la frente sobre la mano, y el codo apoyado en la rodilla, parecia abismarse en pos de un pensamiento, ú ocultar las lágrimas de alguna pesadumbre llorada en el silencio, ó quizá el rubor de una dolorosa vergüenza.

—No es posible, decia, no comprendo esto. . . con quién se ha marchado?. . . por qué ha recurrido á ese espediente infame, digno solo de las mujeres tiranizadas, de la gente ordinaria, de las perdidas?. . . . oh! y esta vieja maldita. . . pero no. . . Fuensanta ha sido siempre un modelo de honestidad. . . era su madre. . . la habrán seducido?. . . las mujeres se dejan seducir para todo. . . pero no. . no es posible. . . y luego. . . "señores, no habeis visto por casualidad á mi hija que anoche no se quedó en casa?". . . qué vergüenza!. . y adónde, adónde voy á preguntar. . á quién. . de qué modo?

Quién sabe el tiempo que se hubiera prolongado este monólogo, si un criado empujando ruidosamente la puerta, no hubiera llegado casi hasta tocar al caballero, diciéndole:

—Señor, señor. . .

—Quién?. . . qué quieres?

—Os busca. . . de parte del señor escribano.

—Que vuelva mañana.

—Os trae. . .